

e informes; una bibliografía para consulta de estudiantes y otra para consulta de maestros.

En suma, este libro contiene una iniciación elemental a los temas enunciados, en forma atrayente y diáfana, capaz de suscitar el interés del estudiante hacia una ulterior profundización en ellos.

LUIS RECASÉNS SICHES

*LA EVOLUCION DE LA DEMOCRACIA. Luis BOSSANO.—Publicaciones de la Universidad Central. Imprenta de la Universidad. Quito, Ecuador, 1944. 169 páginas.*

El credo democrático es en la actualidad el ámbito de confluencia de todo intento de mejoramiento societario. Más allá de lo que sea solución democrática de las cuestiones sociales es todo bruma y amenaza. De aquí la importancia de discutir los problemas de nuestro tiempo desde la democracia.

La democracia no es un concepto fijado definitivamente, en constante transformación y ajetreo, se trata de ver si tales variaciones pueden predicarse como progresivas o meramente como convulsivas y de inadaptación secular. Tal es el tema central de este libro del Profesor Bossano.

Como casi todo lo grande que alberga el mundo occidental, la democracia se originó en Grecia. La organización urbana, política, es uno de los flancos del milagro griego de que habló Renán, y tal vez el flanco madre que dió nacimiento a las otras formas de la cultura. La arquitectura entera del pensamiento griego lleva impresa la huella innegable de su sentido político, ciudadano. La *polis* griega es cofradía de ciudadanos el *demos* regula y propone las formas de su propia organización. "El pueblo encara de manera directa la función del gobierno mediante asambleas populares en las plazas" (p. 22). Pero esta democracia griega es apenas un esbozo de su verdadera entraña ideal. Grecia limita el ejercicio público a una minoría ciudadana, grandes masas de población quedan al margen de la política, privadas de todo derecho, condenadas, por el veredicto

de Aristóteles, a ser siempre estimadas como siervas por naturaleza. La democracia se marca así un límite más allá del cual deja intocada a la llamada naturaleza para fundar lo que quiera menos la democracia.

La decadencia griega agudiza la limitación de la democracia. Con el cristianismo toma nuevo rumbo la esbozada idea griega. Lo que fundamentalmente trae el cristianismo es la universalización de la idea democrática. A partir de entonces todos los hombres sin distinción de raza o estamento se conceptúan miembros de la comunidad. Esta aportación se fija, por desgracia, meramente en lo espiritual y deja viva, en el plano de lo material, la desigualdad fundamental de los hombres. Toda historia ulterior es un intento de hacer descender a los bajos niveles de la vida lo que en el espíritu ha sido ya plenamente reconocido.

La Edad Media marca un compás de espera en la evolución de la idea democrática. La autoridad del pueblo se hace valer para decidir cuestiones en el cielo pero la tierra queda sumida en la negación de todo mejoramiento. Valorada como intrascendente, la vida del mundo se echa de bruces en las formas gubernativas más opresoras.

“El Renacimiento y la Reforma toman de nuevo la interrumpida progresión y le prestan renovados alientos. Inglaterra encarna en el mundo moderno el terreno nutricio de toda evolución democrática. Situada en el cruce de ventajosas posiciones geográficas y espirituales, la sociedad inglesa empieza a modular estilos de vida inseparablemente ligados al ejercicio democrático: la tolerancia en lo religioso, la tendencia ingénita a la vida libre, el culto austero de la justicia, la voluntad para una consciente cooperación social y siempre, la preponderancia de la construcción empírica sobre las posiciones dogmáticas” (p. 42). El Dominio inglés en sus colonias lleva desde sus orígenes el germen de la emancipación, amasadas con importantes dosis de tolerancia no tardan las colonias en devolver desarrollados los brotes sembrados. La declaración de Filadelfia consagra institucionalmente la igualdad jurídica de todos los hombres de un Estado; con esto se ha dado el más importante paso en el camino de la democracia. De allí en adelante toda reivindicación habla ya en el lenguaje del derecho y por tanto de las regulaciones más importantes y apremiantes de la vida de los hombres.

La Revolución Francesa es la apoteosis de estas conquistas. “Los principios de la igualdad ante la ley, de la libertad espiritual y política y la garantía de los poderes, representaban una asegurada conquista ideo-

lógica, compatible con el tiempo, más, también, inaplazable ya para el apremio de los pueblos. Las bases teóricas de la democracia en su alcance político quedaban, desde entonces, firmemente delineadas” (p. 53). Este legado de Francia se transmite casi de inmediato a la América Española. La independencia de las colonias es auspiciada desde Europa por el espíritu francés y marca desde entonces el rumbo que a tuertas y derechas quiere seguirse.

El siglo XIX consolida y difunde el credo democrático de la igualdad política pero pronto se enfrenta a exigencias más hondas. El socialismo, utópico y científico plantea nuevos derroteros. No basta ya una igualdad política, es menester también una igualdad económica. Algunos ven aquí un fracaso de la democracia, otros, como el Profesor Bossano, un imperativo de perfeccionamiento que en manera alguna exige la revocación de las posiciones alcanzadas. La Revolución rusa da el paso decisivo. La democracia tiene ante sí la ineludible tarea de transformarse de liberal-política en social-económica. Las naciones aliadas se acogen al dictado de Wilson. En medio de una situación preñada de amenazas reafirman su fe en la democracia. Impelidas por sus exigencias ideales tratan de crear una serie de organismos internacionales que regulen la vida de los Estados por ajustes de derecho. Todo esto mal se consolida y pronto se agrieta. Brotes reaccionarios, vigorizados por el militarismo hacen entrar al mundo en una fase de horrible crisis. El fascismo y el nazismo abren lucha abierta a todo credo democrático. Son requerimientos punto por punto contrarios a los de las naciones aliadas. Contra estas negaciones los credos de Roosevelt y Churchill formulan nuevamente convicciones democráticas. En el plano de la fuerza, la libertad derrota a la tiranía. Pese a toda incertidumbre, éste, cuando menos, fué el resultado inmediato, decisivo, de la actual contienda. Esta rápida, pero bien hecha, historia de la democracia pone fin a la primera parte del ensayo del Profesor Bossano. La segunda parte es de carácter sistemático; se trata de una discusión a fondo de los fundamentos de la democracia y de sus perspectivas de evolución.

Toda asociación humana, es asociación en vista a un fin o propósito que deba alcanzarse. Para esto la sociedad requiere de una ordenación de su conducta y de un órgano especial que la formule y vigile: el Estado. “El Estado deriva su existencia del imperativo de dotar a la sociedad

organizada racional y conscientemente del régimen de normas coercitivas que ordene una convivencia proyectada en armonía con los sentimientos y deseos de esa sociedad". (p. 92). Para el Profesor Bossano el Estado es institución que debe proponerse hacer cumplir "la más genuina expresión de la solidaridad humana" (p. 94). Desde estas ideas puede concebirse la vida estatal como penetración cada vez más amplia y honda en los deseos de la comunidad. La sociedad delega en el Estado su necesidad de mejoramiento. A él toca, siempre atento a la opinión general, marcar los caminos a seguir; y más aún cuando, como en nuestro tiempo la guerra ha dejado en el desamparo a grandes masas de población. Las comunidades deben cifrar su más alto fin en conseguir la elevación de la humanidad. Esta es tarea de espiritualización. Por sobre toda exigencia animal se levanta el ámbito del espíritu, el mundo de sus requerimientos. Y ese derecho del espíritu no debe ser transgredido por ninguna pretensión materialista. El espíritu humano vive vinculado, inseparablemente, a la organización corporal; y ésta a su vez es la obligada resultante de todas las fuerzas del ambiente. La inteligencia representa en esta interacción de fuerzas el órgano de orientación, de selección, de síntesis. Pero sobre la inteligencia y el cuerpo, el espíritu es instancia en último término siempre autónoma. El espíritu se enfrenta a una tarea de regulación superior incluso a la de la inteligencia, es su papel de regulación integral, la suprema unidad humana. El espíritu crea la cultura que debe estimarse como toda concreción que refluye siempre en beneficio de la propia fuerza creadora: el espíritu del hombre. La tragedia de nuestra época es haber ignorado lo humano, haber pasado frente a la dignidad humana sin reconocerla. Toda la desorganización de nuestro tiempo proviene de la ignorancia de lo humano, de la subordinación del espíritu a tareas innobles de su rango. La reforma futura ha de brotar de una corrección de esta miopía. El sentido funcional de la cultura, es decir, el servicio que toda cultura debe al hombre, había sido puesto de relieve tiempo atrás, pero hasta hoy hemos comprendido la imprescindible necesidad de conocer al hombre para no traicionarlo. El Profesor Bossano insiste con sobriedad académica en la forzosidad de esta vuelta hacia la comprensión del hombre como premisa de toda política futura. Sólo a través de este reconocimiento podrá la democracia vitalizarse y tornarse eficaz. "El ideal de la democracia se dirige a llenar las necesidades que arrancan de la condición específica del hombre en su más noble alcance: los fines del espíritu" (p. 142).

El Estado democrático fué primero una necesidad de satisfacer las aspiraciones populares. Lo verdaderamente medular no es la cuestión de si debe haber o no Estado democrático sino más bien la tarea o función que tal Estado se proponga desempeñar. Esta es la entraña de la cuestión, el núcleo sobre el que gravitan todos los afanes de los hombres que creen en la democracia. El Profesor Bossano dedica al tema los tres últimos capítulos de su libro. La democracia hasta hoy se ha movido únicamente en el plano de reivindicaciones políticas y económico- sociales; pero nuevas perspectivas la llevan hacia reivindicaciones más levantadas sin dejar de lado las ya consolidadas o la posibilidad de instaurarlas en ámbitos aún refractarios a ellas. Tal como el Profesor Bossano concibe a la democracia ésta pierde su diseño tradicional, se hace mejor por asimilaciones progresivas y viene así a convertirse en verdadera institución de humanismo, armada para cumplir su misión de todos los poderes de la técnica social y de la ciencia antropológica. Ya voces autorizadas habían entrevisto que el viejo humanismo iba a ser reforzado por nuevas concepciones. Una de estas es sin duda la que avizora el autor de este ensayo.

Pero con el Profesor Bossano la democracia se convierte, en ciertos momentos de su argumentación, en una institución teñida de los colores de la utopía. La pintura que nos da de las tareas de un Estado democrático cobra a veces colores idílicos: ciencia, técnica, inteligencia, voluntad, todo parece ir al servicio del Estado democrático. Por desgracia esto no pasa de ser una nostalgia de vida mejor. De cualquier manera el libro tiene su interés, afincado como está en la revisión de una sensibilidad por la democracia. Intentos parejos hay muchos, recordamos sobre todo el del profesor Laski, que ve en la democracia, claro está que socializada, una fe capaz de despertar todas las energías constructoras del futuro. Volviendo a nuestro tema, para finalizar con él, diremos que concebido el ensayo en términos medidos casi todo él, ha dejado escapar en sus postrimerías la emotividad sofrenada. Y esto hay que elogiárselo al autor y compartir su esperanza pese a cuantos nubarrones hoy impiden ver el sereno paisaje que nos promete.

EMILIO URANGA